

LA INMORTALIDAD DE ALGUNOS: Poesía, poetas, inmortalidad

Marta González González
Universidad de Oviedo

Idea de inmortalidad

No tuvieron los griegos un concepto de la inmortalidad bien definido y en sus ideas al respecto se mezclan las alusiones a una vida feliz después de la muerte —para los iniciados en los misterios eleusinos, por ejemplo—; la posibilidad de una pervivencia por medio de la fama alcanzada en vida —relacionada, sobre todo, con una conducta cívica ejemplar—; o la perpetuación del nombre a través de los hijos¹.

En Platón encontramos referencias a algunas de estas formas de inmortalidad o pervivencia. Leemos en *Leyes* 721c: “pues el deseo de inmortalidad es hacerse famoso y no quedar en el anonimato una vez muerto (...) de este modo es inmortal, dejando hijos de sus hijos, siendo siempre uno y el mismo y participando de la inmortalidad al engendrar”.

En *El banquete*, 207a-209d, nos encontramos con una reflexión más extensa acerca del deseo de inmortalidad. Los hombres buscan ser inmortales y el único camino para ello es la procreación: “no te extrañes, pues, si cada uno ama por naturaleza a su propio vástago, pues por causa de la inmortalidad acompaña a todos ese empeño y ese amor”. Pero más incluso que a sus propios hijos aman los hombres los honores. Y aquí establece Platón una dicotomía entre quienes son “fecundos según el cuerpo” y los que los son “según el alma”.

Los primeros, engendrando hijos, se procuran “inmortalidad, recuerdo y felicidad, según creen, para siempre” (*διὰ παιδογονίας ἀθανασίαν*

καὶ μνήμην καὶ εὐδαιμονίαν, ὡς οἴονται, αὐτοῖς εἰς τὸν ἔπειτα χρόνον πάντα ποριζόμενοι). Platón dice *según creen* y pone, aunque no muy explícitamente, en entredicho este tipo de inmortalidad concediendo más valor al segundo: los poetas engendran en las almas, “y todo el mundo preferiría haber engendrado tales hijos y no hombres al mirar con admiración a Homero, Hesíodo y los otros buenos poetas”. Alcanzan fama y recuerdo inmortal (ἀθάνατον κλέος καὶ μνήμη).

La relación entre poesía e inmortalidad, que no es innovación de Platón, es la que se comenta en estas páginas.

Poesía e inmortalidad

La vinculación de ambos conceptos puede analizarse desde dos perspectivas: el poeta como dispensador de inmortalidad otorgando ésta a aquéllos a quienes celebre en sus cantos, y la poesía como camino de inmortalidad para el propio poeta (*Exegi monumentum aere perennius*, en palabras de Horacio)².

Del primer aspecto encontramos abundantes testimonios ya desde Homero:

Il. VI, 357-359:

“Zeus nos ha dado un duro destino, para que en adelante seamos cantados por los hombres”

Poetas posteriores, como Teognis, fueron conscientes de ese don suyo:

v. 245 y ss:

“Ni siquiera entonces, ni muerto perderás la fama, sino que serás cantado, Cirno, por los hombres siempre con nombre inmortal...”

Entre los latinos podemos citar a Propertio, bien seguro de lo afortunada que sería aquélla a quien él dedicara sus versos:

Prop. III, II, 17

*Fortunata, meo si qua est celebrata libello!
carmina erunt formae tot monumenta tuae*

Pero es en Píndaro en quien encontramos, si no la primera, sí una muy explícita defensa de la poesía basada en su "necesidad cósmica"³: en el *Himno a Zeus*, una vez que éste ha establecido el orden en el mundo, pregunta al resto de los dioses qué falta para que el mundo sea perfecto. Ellos responden que estaría bien que alguien cantara la belleza de la obra de Zeus. Lo que falta es, pues, la poesía, y ese alguien a quien los dioses se refieren tienen que ser las Musas.

En la obra de Píndaro⁴ es clara la idea de que la fama, κλέος es un regalo concedido por el canto del poeta.

Pero, como apuntábamos arriba, también para el propio artista existe cierta esperanza en un más allá garantizado por los versos, como leemos en el epitafio de un poeta en la *Antología Palatina*:

A. P. VII, 715:

*"Muy lejos de Italia, de Tarento, mi patria,
reposito: es esto para mí más duro que la muerte.
Tal es la vida sin vida de los que viajan. Pero a mí las Musas
me amaron, y tengo miel en lugar de penas.
No cayó en el olvido el nombre de Leónidas. Los dones
de las Musas me anuncian a todos los lugares bajo el sol"*

Los epitafios de la *Antología* son poco dados a las referencias a un mundo de ultratumba; al contrario, sus observaciones son de un marcado pesimismo:

A. P. VII, 339.5:

"Siendo nada fui engendrado: de nuevo seré, como antes, nada"

En la misma línea de pensamiento se encuentran los conocidos versos de Calímaco:

A. P. VII, 524:

— "¿Reposa aquí debajo Cáridas? — Si hablas del hijo de Arimma de Cirene, aquí está. — Cáridas, ¿qué hay ahí abajo? — Mucha oscuridad. — ¿Y el camino de vuelta? — Mentira. — ¿Y Plutón? — Un mito. No somos nada. Esta es mi sincera respuesta. Pero si prefieres una agradable, mucho vale en el Hades un buey pelio.

Y sin embargo, el mismo Calímaco abandona el escepticismo cuando se trata de la suerte de un creador de versos. Es de nuevo un epitafio, esta

vez del epigramista Heráclito, donde vemos asomar cierta esperanza para más allá de la tumba:

A. P. VII, 80:

*"(...) y tú,
huésped de Halicarnaso, hace ya tiempo que eres ceniza;
pero viven tus ruiseñores y sobre ellos Hades,
que todo lo roba, no pondrá la mano"*

De forma parecida se expresa Antípatro hablando de Erina:

A. P. VII, 713:

*"(...) su recuerdo no se quebró, ni de la negra
noche el ala oscura la cubre"*

Y Simónides respecto a Anacreonte:

A. P. VII, 25:

*"(...) no abandonará la melodía dulce como miel, y ni
en el Hades dará reposo, una vez muerto, a la lira"⁵*

Es, pues, un lugar común que los poetas no mueren del todo y que siguen haciendo sonar su lira en el Hades. Si es cierta esa especie de inmortalidad, quedaría cerrado el ciclo que en un primer momento los ponía en contacto con la divinidad, ya que es también lugar común que el poeta es un ser "inspirado" y que recibe esa inspiración de las Musas.

Las ideas acerca de la inmortalidad surgen muchas veces a raíz de la observación de fenómenos externos, por procesos de identificación. Es sabida la relación existente entre los ciclos de la vegetación y las creencias en la inmortalidad, por medio de una asimilación del proceso que hace brotar la semilla y el alma del hombre y de los ciclos vegetales y los de la existencia humana.

Pero este tipo de pensamiento *cíclico* no está relacionado únicamente con el espectáculo de la muerte y resurrección periódicas de la vegetación; también tiene que ver con los ritmos lunares⁶. La imagen del nacimiento y muerte eternas de la luna contribuía a la cristalización de ese mito de la creación y destrucción periódicas del mundo. La contemplación de las estrellas hizo pensar también a algún poeta latino en la inmortalidad de su propia alma. Se trata una vez más de un proceso de identificación con algo externo.

El caso de la poesía es más complicado. En él se unen la idea tan arraigada entre los griegos de la fama y del recuerdo inmortal y la de una identificación *externa* del poeta con su obra.

El concepto de fama —κλέος— permaneció en un principio ligado estrechamente al ideal heroico y guerrero que encontramos en la poesía homérica, por ejemplo, o en las composiciones de Tirteo. En Píndaro el κλέος, unido al ideal aristocrático, era un don que él como poeta otorgaba a los vencedores en los Juegos y para él, como decíamos, el valor de la poesía reside en la necesidad de la misma (“toda belleza es imperfecta si no tiene quien la cante”) y en su capacidad como dispensadora de inmortalidad.

Al llegar a la época de Calímaco, de quien antes hablamos, la realidad es distinta. Calímaco ya no es un *ciudadano* o, en todo caso, su ciudad es la poesía. Representa también él la autosuficiencia que pregonan las escuelas filosóficas del momento. En palabras de Carlos Miralles⁷, lo que este poeta nos ofrece con su obra es “más que la defensa de su *techné* la negativa a salir de ella”. Si Píndaro había proclamado la importancia de la poesía, Calímaco proclama su autosuficiencia. Y reclama para la obra poética la inmortalidad.

La consideración de la poesía como algo útil o como obra autosuficiente, como un fin en sí misma, determina también su función como dispensadora de inmortalidad para los demás o para el poeta mismo. Y, al tiempo, todo ello está en dependencia de la época histórica, que puede favorecer un tipo u otro de poesía.

Notas

- (1) *Mutatis mutandis*, este tipo de consideraciones están todavía vigentes hoy día.
- (2) Vid. al respecto E. R. CURTIUS, "La poesía como inmortalización" en *Literatura europea y Edad Media latina* (2 vols.). F.C.E., Madrid, 1984.
- (3) Vid. J. ALSINA, *Teoría literaria griega*. Madrid, 1991, pp. 471 y ss.
- (4) Estas consideraciones pueden aplicarse a toda la lírica coral. Vid. G. ARRIGHETTI, *Poeti, eruditi e biografì. Momenti della riflessione dei Greci sulla letteratura*. Pisa, 1987, pp. 71-74.
- (5) En alguna ocasión, sin embargo, no resulta demasiado agradable el hecho de que el poeta no descansa en la tumba. Cuando se trata de alguien como Hiponacte de Efeso (*A. P. VII, 408*) el epigrama sobre su tumba nos aconseja pasar junto a ella despacio, no vaya a despertarse *la punzante abeja que está dormida*. Las palabras de Hiponacte *saben herir incluso en el Hades*.
- (6) MIRCEA ELIADE, *Imágenes y símbolos*. Madrid, 1979 (3ª ed.), pp. 78 y ss.
- (7) C. MIRALLES, "Poesía antigua y poesía moderna: proceso tecnológico y poesía antigua", *Estudios clásicos*, Vol. XVIII, pp. 257-280.